



Portada de Francis Meléndez

El presidente de la Excma. Diputación de Zaragoza
y de su Institución «Fernando el Católico»

Luis María Beamonte Mesa

Se complace en invitarle a la presentación del libro *Sau-mer-Aton (Los hijos de Atón)*, obra teatral escrita en 1932 por Federico Torralba y hasta ahora inédita, publicada por la Institución «Fernando el Católico» con ocasión del primer centenario del nacimiento del autor.

El acto tendrá lugar el próximo **jueves, 4 de abril**, a las 19:30 horas, en el Aula de la IFC (3ª planta del Palacio de Sástago, entrada por calle Cinco de Marzo, 8), y contará con la participación de Carlos Forcadell, director de la Institución «Fernando el Católico», Gonzalo M. Borrás y Guillermo Fatás, autores del texto introductorio.

Entrada libre

Zaragoza, marzo de 2013



Egipto... He aquí lo que es todo para mí. Los niños sueñan con el país de las hadas. Yo soy un niño grande; no muy grande, pero algo más que uno corriente, sí. Por eso yo también tengo un país de las hadas, con el que sueño: Egipto. Igual que los niños se tienen que conformar con verlo solo en sus libros de cuentos, yo he de contentarme viéndolo en mis libros de arte. Solo nos diferencia una cosa: Yo tengo la esperanza de verlo «de verdad» algún día; los niños no lo verán nunca, porque antes de que lo vean crecen y ya no creen en él... Sin embargo, en el verdadero idealista, cuando deja de ser niño y llega a ser hombre y ve que su país fantástico se esfuma en la nada, el amor que en él había depositado no naufraga, se salva, se derrama sobre un país de la Tierra, pensando que aquel es el verdadero de las hadas humanizado, más real y menos fantástico. Seguramente más grandioso, porque es vida y variedad y en él se mostró la mano de Dios en colaboración con la humanidad que Él creó, mientras que en el país fantástico no hay más que la imaginación pobre de los hombres mucho menos sublime que la realidad que forjó la Majestad Suprema.

Yo, del reino de la fantasía, pasé también al de la «verdad», y asombrado, maravillado, sobrecogido, materialmente aplastado por la grandeza imponente de la obra sublime del Hacedor, considerándome un ser muy pequeño, para decir sobre ello una sola palabra, quise seguir todavía dentro de la fantasía y dediqué mi amor a estudiar las obras que con ella produjeron mis hermanos los hombres, lo mismo los de hace miles de años que los actuales.

Amar y comprender todas las artes de todos los pueblos, he aquí mi deseo. Esto era para mí más sencillo que el poder explicar por qué Dios colocó una montaña en el sitio que está, por qué los ríos corren por un cauce y no por otro, por qué la Tierra se divide en zonas de más o menos calor... Comencé amando, todos los pueblos y todas las artes, pero pronto Egipto reclamó su parte: la mayor. Pronto surgieron ante mis ojos en las páginas de los libros, sus templos, sus palacios, sus dioses, sus faraones, sus ideas, su civilización, su historia, su literatura, su pintura y su escultura, sus cantos y sus himnos, sus tumbas maravillosas... Y lo amé, lo amé profundamente sobre todos los demás pueblos. Pero necesito tiempo y estudio, mucho tiempo y mucho estudio, para poder decir que he conocido Egipto. Esperaba que de mi pluma brotase antes la obra del arqueólogo y, sin embargo, parece que el literato se le ha querido adelantar, claro que colaborando con él.

[Del prólogo de Federico Torralba]

S A U - M E R - A T O N



(Los hijos de Atón).-